



LECTIO DIVINA

Domingo de ramos y Semana santa
Del 24 al 27 de marzo de 2024



**«Este es el cordero de Dios,
el sacrificio de Dios que nos da la Vida»**

DOMINGO, 24 DE MARZO DE 2024
DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR
Que tu amor, sea mi amor

Oración introductoria

Señor Jesús, permíteme acompañarte paso a paso siguiendo tus huellas. Ayúdame a creer, confiar y a amarte cada vez más.

Petición

Jesús, que el ejemplo de tu entrega me haga decidirme, de una vez por todas, a seguirte de manera apasionada y fiel.

Lectura del libro de Isaías (Is 50, 4-7)

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo (Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». R/.

Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. R/.

Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R/.

Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. «Los que teméis al Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel». R/.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (Flp 2,6-11)

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos (Mc 14,1-15,47)

Cronista: Faltaban dos días para la Pascua y los Ácidos. Los sumos sacerdotes y los escribas andaban buscando cómo prender a Jesús a traición y darle muerte. Pero decían:

S. «No durante las fiestas; podría amotinarse el pueblo».

C. Estando Jesús en Betania, en casa de Simón, el leproso, sentado a la mesa, llegó una mujer con un frasco de perfume muy caro, de nardo puro; quebró el frasco y se lo derramó sobre la cabeza. Algunos comentaban indignados:

S. «¿A qué viene este derroche de perfume? Se podía haber vendido por más de trescientos denarios para dárselo a los pobres».

C. Y reprendían a la mujer. Pero Jesús replicó:

+ «Dejadla, ¿por qué la molestáis? Una obra buena ha hecho conmigo. Porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis; pero a mí no me tenéis siempre. Ella ha hecho lo que podía: se ha adelantado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo que, en cualquier parte del mundo donde se proclame el Evangelio, se hablará de lo que esta ha hecho, para memoria suya».

C. Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a los sumos sacerdotes para entregárselo. Al oírlo, se alegraron y le prometieron darle dinero. Él andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

C. El primer día de los Ácidos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:

S. «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?».

C. Él envió a dos discípulos diciéndoles:

+ «Id a la ciudad, os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y en la casa adonde entre, decidle al dueño: “El Maestro pregunta: ¿Cuál es la habitación donde voy a comer la

Pascua con mis discípulos?”. Os enseñará una habitación grande en el piso de arriba, acondicionada y dispuesta. Preparádnosla allí».

C. Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la Pascua. Al atardecer fue él con los Doce. Mientras estaban a la mesa comiendo dijo Jesús:

+ «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo».

C. Ellos comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno tras otro:

S. «¿Seré yo?».

C. Respondió:

+ «Uno de los Doce, el que está mojando en la misma fuente que yo. El Hijo del hombre se va, como está escrito; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado!; ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!».

C. Mientras comían, tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo:

+ «Tomad, esto es mi cuerpo».

C. Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron. Y les dijo:

+ «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos. En verdad os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios».

C. Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos. Jesús les dijo:

+ «Todos os escandalizaréis, como está escrito: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas”. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea».

C. Pedro le replicó:

S. «Aunque todos caigan, yo no».

C. Jesús le dice:

+ «En verdad te digo que hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres».

C. Pero él insistía:

S. «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré».

C. Y los demás decían lo mismo. Llegan a un huerto, que llaman Getsemaní, y dice a sus discípulos:

+ «Sentaos aquí mientras voy a orar».

C. Se lleva consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir espanto y angustia, y les dice:

+ «Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad».

C. Y, adelantándose un poco, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejase de él aquella hora; y decía:

+ «Abba!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres».

C. Vuelve y, al encontrarlos dormidos, dice a Pedro:

+ «Simón ¿duermes?, ¿no has podido velar una hora? Velad y orad, para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil».

C. De nuevo se apartó y oraba repitiendo las mismas palabras. Volvió y los encontró otra vez dormidos, porque sus ojos se les cerraban. Y no sabían qué contestarle. Vuelve por tercera vez y les dice:

+ «Ya podéis dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora; mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega».

C. Todavía estaba hablando, cuando se presenta Judas, uno de los Doce, y con él gente con espadas y palos, mandada por los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos. El traidor les había dado una contraseña, diciéndoles:

S. «Al que yo bese, es él: prendedlo y conducidlo bien sujeto».

C. Y en cuanto llegó, acercándosele le dice:

S. «¡Rabbí!».

C. Y lo besó. Ellos le echaron mano y lo prendieron. Pero uno de los presentes, desenvainando la espada, de un golpe le cortó la oreja al

criado del sumo sacerdote. Jesús tomó la palabra y les dijo:
+ «¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos, como si fuera un bandido? A diario os estaba enseñando en el templo y no me detuvisteis. Pero, que se cumplan las Escrituras».

C. Y todos lo abandonaron y huyeron.

Lo iba siguiendo un muchacho envuelto solo en una sábana; y le echaron mano, pero él, soltando la sábana, se les escapó desnudo.

C. Condujeron a Jesús a casa del sumo sacerdote, y se reunieron todos los sumos sacerdotes y los escribas y los ancianos. Pedro lo fue siguiendo de lejos, hasta el interior del patio del sumo sacerdote; y se sentó con los criados a la lumbre para calentarse. Los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaban un testimonio contra Jesús, para condenarlo a muerte; y no lo encontraban. Pues, aunque muchos daban falso testimonio contra él, los testimonios no concordaban.

Y algunos, poniéndose de pie, daban falso testimonio contra él diciendo:

S. «Nosotros le hemos oído decir: “Yo destruiré este templo, edificado por manos humanas, y en tres días construiré otro no edificado por manos humanas”».

C. Pero ni siquiera en esto concordaban los testimonios. El sumo sacerdote, levantándose y poniéndose en el centro, preguntó a Jesús:

S. «¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que presentan contra ti?».

C. Pero él callaba, sin dar respuesta. De nuevo le preguntó el sumo sacerdote:

S. «¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?».

C. Jesús contestó:

+ «Yo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene entre las nubes del cielo».

C. El sumo sacerdote, rasgándose las vestiduras, dice:

S. «Qué necesidad tenemos ya de testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?».

C. Y todos lo declararon reo de muerte. Algunos se pusieron a escupirle y, tapándole la cara, lo abofeteaban y le decían:

S. «Profetiza».

C. Y los criados le daban bofetadas.

C. Mientras Pedro estaba abajo en el patio, llega una criada del sumo sacerdote, ve a Pedro calentándose, lo mira fijamente y dice:

S. «También tú estabas con el Nazareno, con Jesús».

C. Él lo negó diciendo:

S. «Ni sé ni entiendo lo que dices».

C. Salió fuera al zaguán y un gallo cantó. La criada, al verlo, volvió a decir a los presentes:

S. «Este es uno de ellos».

C. Pero él de nuevo lo negaba. Al poco rato, también los presentes decían a Pedro:

S. «Seguro que eres uno de ellos, pues eres galileo».

C. Pero él se puso a echar maldiciones y a jurar:

S. «No conozco a ese hombre del que habláis».

C. Y enseguida, por segunda vez, cantó el gallo. Pedro se acordó de las palabras que le había dicho Jesús: «Antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres», y rompió a llorar.

C. Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes con los ancianos, los escribas y el Sanedrín en pleno, hicieron una reunión. Llevaron atado a Jesús y lo entregaron a Pilato.

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?».

C. Él respondió:

+ «Tú lo dices».

C. Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Pilato le preguntó de nuevo:

S. «¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan».

C. Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba extrañado. Por

la fiesta solía soltarles un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los rebeldes que habían cometido un homicidio en la revuelta. La muchedumbre que se había reunido comenzó a pedirle lo que era costumbre. Pilato les preguntó:

S. «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?».

C. Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás. Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó:

S. «¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?».

C. Ellos gritaron de nuevo:

S. «Crucifícalo».

C. Pilato les dijo:

S. «Pues ¿qué mal ha hecho?».

C. Ellos gritaron más fuerte:

S. «Crucifícalo».

C. Y Pilato, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

C. Los soldados se lo llevaron al interior del palacio -al pretorio- y convocaron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le ponen una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo:

S. «¡Salve, rey de los judíos!».

C. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo. Pasaba uno que volvía del campo, Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo; y lo obligan a llevar la cruz. Y conducen a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), y le ofrecían vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucifican y se reparten sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era la hora tercia cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación

estaba escrito: «El rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda.

A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar

C. Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo:

S. «Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz».

C. De igual modo, también los sumos sacerdotes comentaban entre ellos, burlándose:

S. «A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos».

C. También los otros crucificados lo insultaban. Al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente:

+ «Eloí Eloí, ¿lemá sabaqtaní?».

C. (Que significa:

+ «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»).

C. Algunos de los presentes, al oírlo, decían:

S. «Mira, llama a Elías».

C. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo:

S. «Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo».

C. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

C. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo:

S. «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios».

C. Había también unas mujeres que miraban desde lejos; entre ellas María la Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de Joset, y Salomé, las cuales, cuando estaba en Galilea, lo seguían y servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén. Al anochecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro noble del Sanedrín, que también

aguardaba el reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó de que hubiera muerto ya; y, llamando al centurión, le preguntó si hacía mucho tiempo que había muerto. Informado por el centurión, concedió el cadáver a José. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca, y rodó una piedra a la entrada del sepulcro. María Magdalena y María, la madre de José, observaban dónde lo ponían.

Releemos el evangelio

San Teodoro el Estudita (759-826)

monje en Constantinopla

Catequesis 53 (Les Grandes Catéchèses, coll. Spiritualité orientale 79, Bellefontaine, 2002), trad. sc@evangelizo.org

¡Te alabamos por tu abajamiento!

Aquí estamos, llegados a la santa Gran Semana del cumplimiento de los sufrimientos de Cristo. Contemplemos nuevamente en qué situaciones, cuántas veces, cuándo y hasta dónde, el Señor de gloria se abajó por nosotros (1 Cor 2,8), nuestro Dios y Creador. Somos realmente iluminados al profundizarlo una vez más.

¿Qué alma de piedra no sería tomada por la compunción y no se dejaría doblegar, al saber que el Señor fue librado por un discípulo entre las manos de los impíos (Hech 2,23)? Fue atado por las manos de los soldados y llevado ante un tribunal. El que es la Verdad, escucha llamarse impostor y charlatán (cf. Mt 27,63). Al Salvador de todos, le pegan en el rostro y lo soporta. Lo cubren de escupidas y no se defiende. Para burlarse, lo ciñen con la corona de espinas y él no reduce a cenizas a los que osan esos ultrajes. Es

revestido con un manto de púrpura como un rey y como un malhechor golpeado a puños. Es crucificado, traspasado con una lanza. Prueba la muerte, siendo la vida de todos. Enseguida resucita, levantándonos de nuestra caída, nos pone de pie para una inalterable inmortalidad. (...)

¿Qué podemos ofrecerte, ya que, en tu infinita bondad, nos has considerado de un tan gran precio que, lejos de despreciar a tu criatura perdida, has venido a salvarnos con el extremo de un indecible abajamiento? Sin embargo, nos has hecho fuertes y nos has salvado. De nuestros labios pecadores e indignos, te ofrecemos toda la alabanza y acción de gracias de la que somos capaces. Se nos pide de tratar de imitar este ejemplo y conformarnos a él en las cosas grandes e importantes, tomándolo como modelo en las cosas pequeñas y humildes. De esta forma damos gracias dignamente.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Padre, que sostuvo a Jesús en la Pasión, también a nosotros nos anima en el servicio. Es cierto que puede costarnos amar, rezar, perdonar, cuidar a los demás, tanto en la familia como en la sociedad; puede parecer un vía crucis. Pero el camino del servicio es el que triunfa, el que nos salvó y nos salva, nos salva la vida. [...] la vida es un don que se recibe entregándose. Y porque la alegría más grande, es decir, sin condiciones, sí al amor. Es decir, sin condiciones, sí al amor, como hizo Jesús por nosotros.» *(Homilía de S.S. Francisco, 5 de abril 2020).*

Meditación

Señor Jesús, es tan fácil seguirte cuando todo es tan sencillo y cómodo, cuando haces milagros y soy consolado. Pero qué difícil es

cuando no tengo nada de eso, cuando todo es cuesta arriba, cuando la cruz pesa demasiado, cuando no me siento amado y me siento débil. Mi corazón, ¿en dónde está, Jesús mío? Yo, ¿por qué te sigo? ¿Puedo decir que te amo de la misma forma cuando te siento a mi lado y cuando no?

Oh, Jesús, tú me conoces y sabes lo débil y frágil que soy. No siempre te amo como quisiera, pero aumenta mi amor por Ti. Aumenta mi confianza para abandonarme en tus brazos. Aumenta mi fe para seguirte, ya sea en la cruz o a dónde sea, con una sonrisa en mis labios. Aumenta mi esperanza para continuar caminando, incluso cuando tropiece mil veces. Átame a tu cruz, úneme contigo para que tu latir sea mi latir y tu amor sea mi amor.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

LUNES, 25 DE MARZO DE 2024
LUNES SANTO

«Acoger a Jesús en familia»

Oración introductoria

Me pongo en tu presencia, Jesús mío, renovando mi fe en tu vida, muerte y resurrección. Creo firmemente que todo lo que

viviste fue por mí y por amor a mí. Confío en tu gran amor y en tu entrega para mí. Quiero en esta meditación amarte con todo mi corazón y escuchar tus deseos más profundos.

Petición

Dios mío, ayúdame a ser un amigo fiel de tu Hijo.

Lectura del libro de Isaías (Is 42, 1-7)

Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará. Manifestará la justicia con verdad. No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país. En su ley esperan las islas. Esto dice el Señor, Dios, que crea y despliega los cielos, consolidó la tierra con su vegetación, da el respiro al pueblo que la habita y el aliento a quienes caminan por ella: «Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te formé e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo (Sal 26, 1bcde. 2. 3. 13-14)

El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? R/.

Cuando me asaltan los malvados para devorar mi carne, ellos, enemigos y adversarios, tropiezan y caen. R/.

Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 12, 1-11)

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?». Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando. Jesús dijo: «Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis». Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Releemos el evangelio

Santa Gertrudis de Helfta (1256-1301)

monja benedictina

El Herald del Amor divino, IV (SC 255, Œuvres spirituelles, Cerf, 1978), trad. sc@evangelizo.org

Ofrecer al Señor un perfume precioso

[El Señor dijo a Gertrudis:] “Si quieres ofrecerme también el perfume que según la Escritura esta mujer derramó devotamente sobre mi cabeza, después de haber roto su recipiente (Mc 14,3), de forma que “la casa se impregnó con la fragancia del perfume” (Jn 12,3), debes saber que lo harás con excelencia amando la verdad. Si, el que ama la verdad y por defenderla pierde amigos o se expone a otras penas o asume fatigas voluntariamente, es como si rompiera el recipiente de un perfume precioso y lo derramara sobre mi cabeza. La casa se impregnaría de su bella fragancia. Devendrá la ocasión un buen ejemplo. (...)

Gertrudis retomó: “Oh Señor, se dice que María había comprado ese precioso perfume. ¿Cómo podría yo rendirle un homenaje tan grande, con una compra semejante? El Señor respondió: “Lo hace el que me ofrece su buena voluntad, en algo que quiere llevar a término porque me ama. Aunque sea grande la pena que debe darse, si procura mi gloria, me compra un perfume preciosísimo. Es lo más agradable para mí, ya que a su propia ventaja prefiere rendirme honor, aun exponiéndose voluntariamente a mil inconvenientes. Si, aunque se encontrara siempre impedido de ejecutar sus designios, realmente él compra el perfume para mí.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Reconocer los pecados, nuestra miseria, reconocer lo que somos y lo que somos capaces de hacer o hemos hecho es la puerta que se abre a la caricia de Jesús, al perdón de Jesús. El lugar privilegiado para el encuentro con Cristo son los propios pecados. A un oído poco atento esto parecería casi una herejía, pero lo decía también san Pablo» cuando afirmaba gloriarse solamente de dos cosas: de los propios pecados y de Cristo Resucitado que lo ha salvado». *(S.S. Francisco, Homilía del 18 de septiembre de 2014).*

Meditación

En esta meditación vemos cómo una familia puede acoger a Jesús en su casa. Son tres hermanos. Tienen una larga historia con momentos difíciles como la enfermedad y muerte de Lázaro. También hubo momentos de mucha alegría en la resurrección de Lázaro y en la convivencia con Jesús.

Lázaro ofrece a Jesús una cena. Ofrece lo que tiene. Y no sólo le ofrece lo material como será la comida y el techo donde quedarse por la noche. Ofrece la calidad de su compañía y conversación. Le da a Jesús un lugar de confianza y sin ceremonia donde puede pasar desapercibido después del alboroto del Domingo de Ramos. Y esto a veces vale más de lo material.

Marta lo servía. También ella tenía su atención centrada en Jesús. Seguro preparó lo más rico para comer. Tenía la casa limpia y preparada no sólo para Jesús sino también para sus apóstoles. Estaba atenta a todo lo que necesitaba a Jesús. Fue la primera en darse cuenta si le faltaba algo. Se movía de un lado a otro para que todo

estuviera preparado. Sin embargo, nunca se distrajo de su centro: Jesús.

María lo ungió. María es una mujer contemplativa. A veces actúa sin saber la repercusión de su gesto. Esta tarde no fue diferente. Viendo a Jesús, nace en su corazón la necesidad de ir a buscar su perfume más caro. El que estaba guardando para una ocasión especial. Y con la sencillez y generosidad de las almas contemplativas se acerca en el silencio y unge los pies de su Señor. Con este gesto de amor, se llena toda la casa del aroma del perfume.

Oración final

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mí vida,
¿quién me hará temblar? (Sal 26)

MARTES, 26 DE MARZO DE 2024

MARTES SANTO

«Glorificar a Dios en todo»

Oración introductoria

Padre mío, en este Martes Santo quiero ver los acontecimientos desde tu perspectiva. Ayúdame a contemplar a tu Hijo, fiel y dolorosamente cumpliendo tu voluntad. Acompáñame en mi oración para que pueda entender las motivaciones más profundas y la gloria que te está dando con su vida

Petición

Que esta meditación sea el medio para doblegar mi orgullo y mi soberbia para poder abandonarme en tu misericordia.

Lectura del libro de Isaías (Is 49, 1-6)

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos: El Señor me llamó desde el vientre materno, de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel, por medio de ti me glorificaré». Y yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas». En realidad, el Señor defendía mi causa, mi recompensa la custodiaba Dios. Y ahora dice el Señor, el que me formó desde el vientre como siervo suyo, para que le devolviese a Jacob, para que le reuniera a Israel; he sido glorificado a los ojos de Dios. Y mi Dios era mi fuerza: «Es poco que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y traer de vuelta a los supervivientes de Israel. Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo (Sal 70. 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15ab y 17)

Mi boca contará tu salvación, Señor.

A ti, Señor, me acojo: no quede yo derrotado para siempre; tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo, inclina a mí tu oído, y sálvame. R/.

Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi peña y mi alcázar eres tú. Dios mío, líbrame de la mano perversa. R/.

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías. R/.

Mi boca contará tu justicia, y todo el día tu salvación. Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas. R/.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 13,21-33.36-38)

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: «En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?». Le contestó Jesús: «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado». Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto». Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros:

“Donde yo voy no podéis venir vosotros”». Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿adónde vas?». Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde». Pedro replicó: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: «¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Releemos el evangelio

Liturgia latina

"Verbum supernum prodiens" - Himno eucarístico de Hora de Laudes en el Oficio Divino de Corpus Christi

Jesús se entregó el primero

El Verbo que viene desde lo alto y que no abandona la derecha del Padre, que sale a (realizar) su obra, ha venido al atardecer de la vida.

Quien por su discípulo a la muerte sería entregado por sus enemigos. Antes como comida de vida, se entregó a los discípulos.

A ellos, bajo doble especie dio (su) carne y sangre para que en esta doble sustancia se alimentara todo el hombre.

Al nacer se entregó como compañero, al comer (se entregó) como alimento; al morir (se entregó) cual precio; al reinar se da como premio.

Oh, salvadora hostia que abres la puerta del cielo, Guerras implacables (nos) oprimen: da(nos) fuerza, danos auxilio.

Al Señor Uno y Trino sea gloria eterna. Que una vida sin término nos regale en la patria. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Esta semana pensemos mucho en el dolor de Jesús y digamos a nosotros mismos: esto es por mí. Incluso si yo hubiese sido la única persona en el mundo, Él lo habría hecho. Lo hizo por mí. Besemos el crucifijo y digamos: por mí, gracias, Jesús, por mí [...] En el momento en el que todo parece perdido, en el momento del dolor, en el que muchas personas sienten la necesidad de bajar de la cruz, es el momento más cercano a la resurrección. La noche se hace más oscura precisamente antes de que comience la luz. En el momento más oscuro interviene Dios y resucita». *(S.S. Francisco, Catequesis del 16 de abril de 2014).*

Meditación

Es tan fuerte el acontecimiento de la traición a Jesús que la Iglesia dedica dos días para meditar en él. O tal vez será porque la traición no se da de golpe. La traición a Jesús se va dando en pequeños actos cotidianos. No es una decisión repentina sino una decisión paso a paso de no aceptar la voluntad de Dios, de no aceptar que Dios sea el Dios en mi vida. La traición se va sembrando cada vez que pongo algún deseo, actividad o decisión antes de Dios en mi vida.

Aún en medio de la realidad dolorosa de la traición brillan momentos de belleza y de amor. Vemos al discípulo amado recostado sobre el pecho de Jesús. Aunque es motivado por la curiosidad de Pedro, él sabe que el Maestro necesita su cercanía. Necesita que alguien escucha lo que se esconde en los

latidos de su Corazón. ¿Qué me dicen hoy estos latidos que resuenen a través de la historia hasta tocar a mi vida?

En los momentos más difíciles Jesús es capaz de reconocer que Dios es glorificado en él. Muchas veces sentimos que Dios es glorificado sólo en nuestros actos buenos. Pensamos que damos gloria a Dios nada más cuando somos generosos en el apostolado o superamos las dificultades en el ámbito personal. Jesucristo en este día nos enseña que en todo momento podemos dar gloria a Dios. Como nos enseñó San Pablo de su experiencia: “me complazco en soportar por Cristo las debilidades, injurias, necesidades, persecuciones y angustias, porque cuando me siento débil, entonces es cuando soy fuerte” (2Cor 12, 10).

En este día de gran dolor para Jesús, donde ve a dos de sus grandes amigos tomar opciones que los alejaría de Él, recordamos que nuestra debilidad también nos puede acercarnos a Él. Cuando con humildad nos recostamos en su pecho y decimos con los latidos de su Corazón, “Señor ten piedad de mí que soy un pecador” (Lc 19,13), estamos dando gloria a Dios. Cuando nos acercamos a nuestro hermano para pedir perdón, estamos dando gloria a Dios. Cuando pedimos la gracia de Dios para superar una dificultad, también estamos dando gloria a Dios. Aprovechemos este día para consolar al Corazón de Jesús, herido por la traición, con nuestros pequeños actos de humildad.

Oración final

Porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,
en el seno tú me sostenías. (Sal 70)

MIÉRCOLES, 27 DE MARZO DE 2024

MIÉRCOLES SANTO

«Miércoles de traición»

Oración introductoria

Me pongo en presencia de Dios. Contemplo tu gran dolor, el dolor de la traición de un de tus amigos más cercanos. Pido la luz del Espíritu Santo para entender la profundidad del dolor y la grandeza de tu misericordia.

Petición

Dame, Señor, el don de la perseverancia final.

Lectura del libro de Isaías (Is 50,4-9a)

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos, ¿quién me acusará? Que se acerque. Mirad, el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará?

Salmo (Sal 68, 8-10. 21-22. 31 y 33-34)

Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor.

Por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro. Soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre. Porque me devora el celo de tu templo, y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí. R/.

La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco. Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro. En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre. R/.

Alabaré el nombre de Dios con cantos, proclamaré su grandeza con acción de gracias. Miradlo, los humildes, y alegraos; buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. R/.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 26, 14-25)

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?». Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?». Él contestó: «Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle: “El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”». Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar». Ellos, muy

entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?». Él respondió: «El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!». Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?». Él respondió: «Tú lo has dicho».

Releemos el evangelio

Santa Teresa de Calcuta (1910-1997)

fundadora de las Hermanas Misioneras de la Caridad

Jesús, al que invocamos

«El que ha mojado conmigo la mano en el plato,
ése me entregará»

Fijaos cuánta compasión ha tenido Jesús con Judas, el hombre que ha recibido tanto amor y, sin embargo, ha traicionado a su propio Maestro, este Maestro que ha guardado un silencio sagrado sin traicionarlo a sus compañeros.

En efecto, Jesús fácilmente hubiera podido hablar abiertamente y decir a los demás las intenciones que Judas escondía y sus actuaciones; pero no lo hizo. Prefirió dar prueba de misericordia y caridad: en lugar de condenarle, le llama amigo (Mt 26,50).

Tan sólo con que Judas hubiera mirado a Jesús a los ojos como lo hizo Pedro (Lc 22,61), Judas hubiera sido el amigo de la misericordia de Jesús. Jesús ha dado siempre pruebas de misericordia.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Miércoles Santo también se llama “miércoles de la traición”, el día en que se subraya en la Iglesia la traición de Judas. Judas vende al Maestro [...] Pensemos en tantos Judas institucionalizados en este mundo, que explotan a la gente. Y también pensemos en el pequeño Judas que cada uno de nosotros tiene dentro de sí a la hora de elegir: entre lealtad o interés. Cada uno de nosotros tiene la capacidad de traicionar, de vender, de elegir por el propio interés. Cada uno de nosotros tiene la posibilidad de dejarse atraer por el amor al dinero o a los bienes o al bienestar futuro. “Judas, ¿dónde estás?”. Pero la pregunta la hago a cada uno de nosotros: “Tú, Judas, el pequeño Judas que tengo dentro: ¿dónde estás?”». (S.S. Francisco, Homilía del 8 de abril de 2020).

Meditación

Nos adentramos en las realidades dolorosas de la pasión de Jesús. La tragedia de la muerte del Hijo del Dios no inició el Viernes Santo. Viene creciendo desde la primera persona que rechaza su misión y su mensaje. Sin embargo, el miércoles de la Semana Santa es conocido por poner en movimiento las acciones que llevaron directamente a la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Por eso se le llama miércoles de traición.

“Uno de ustedes me entregará...”, qué declaración tan impactante y dolorosa. Es capaz de quitar el aliento por un momento. Uno de los más cercanos. Uno de los que Jesús llamó por su nombre para ser su apóstol. Uno de los que Jesús, momentos antes, había lavado los pies. “Uno de ustedes me entregará”.

Y esta persona todavía tiene la capacidad de poner en duda la palabra de Jesús. Duda de la palabra de Dios. Pregunta para ver si realmente Dios lo sabe todo. O tal vez pregunta para quedar bien con los demás: ¿Acaso soy yo?

El milagro del día de hoy es la misericordia de Jesús. No lo juzga. No lo condena. Ni siquiera frente a la comunidad creyente reclama y denuncia sus acciones. Responde con la afirmación: “Así es”. Reconoce el momento por la gravedad que tiene. Uno de los suyos está al borde de una decisión que cambiaría por siempre su relación. Judas Iscariote se convertirá de apóstol elegido al “que fue el traidor” (Lc 6, 16).

Aun así, Jesús muere en la cruz por la salvación de toda la humanidad. También muere por Judas. Quiere y tiene la esperanza que su traidor se arrepentirá de la maldad que hizo. Le llama amigo en Getsemaní. Ama a Judas tanto que sufre su pasión y su muerte también por él. Jesús murió por todos. Él es Hijo del Padre que “hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justo e injustos” (Mt 5, 45). Dios siempre espera que estemos como estemos abrazamos la gracia de su redención. Nos arrepentimos y nos acercamos a su salvación.

Oración final

Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias.
Miradlo, los humildes, y alegraos, buscad al Señor,
y revivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos. (Sal 68)